

www.elboomeran.com

Hebe Uhart

Visto y oído

Nuevas crónicas de viaje



Adriana Hidalgo editora

Uhart, Hebe
Visto y oído: nuevas crónicas de viaje - 1ª ed.
Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2012
234 p.; 19x13 cm.

ISBN 978-987-1556-99-1

1. Narrativa Argentina. I. Título.
CDD A863

la lengua / crónica

Editor: Fabián Lebenglik
Maqueta de tapa: Eduardo Stupía
Diseño: Gabriela Di Giuseppe

1ª edición en Argentina: noviembre de 2012

1ª edición en España: noviembre de 2012

© Hebe Uhart, 2012
© Adriana Hidalgo editora S.A., 2012
Córdoba 836 - P. 13 - Of. 1301
(1054) Buenos Aires
e-mail: info@adrianahidalgo.com
www.adrianahidalgo.com

ISBN Argentina: 978-987-1556-99-1

ISBN España: 978-84-92857-87-6

Impreso en Argentina

Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que indica la ley 11.723

Prohibida la reproducción parcial o total sin permiso escrito
de la editorial. Todos los derechos reservados.

UN VIAJE DESUSADO

En noviembre de mil novecientos setenta y tantos yo trabajaba como maestra en una escuela del gran Buenos Aires, en un distrito muy cercano a la capital. Había pedido traslado desde una escuela lejana, casi de campo, donde los maestros eran dueños de la situación, los padres eran muy humildes y amaban la escuela y si algún maestro llegaba tarde, eran cosas de la vida.

En la escuela nueva había pocos chicos pobres, cuatro o cinco, y cuando la cooperadora les entregaba un libro, exigía que lo devolvieran en buen estado para entregárselo a otro pobre posible. A la gente de esa cooperadora le gustaba gastar en algo que se viera, que rindiera, por ejemplo una placa recordatoria de cualquier cosa o una gran fiesta con sándwiches que encargaban en una confitería cercana. Y los maestros no pastoreábamos a gusto como en la escuela del campo porque ni bien bajábamos del tren ya había en la puerta de la escuela una fila de madres controlando si llegábamos a horario o tarde. Era como una guardia policial que cumplía un deber: una vez que las maestras llegaban a la puerta de la escuela, eran examinadas en todo; la ropa, los modales, la que se daba y la que no se daba, lo que se debe y lo que no. ¡Ay, pensaban las guardianas,

si ellas fueran maestras, qué no harían por la educación que es lo más sagrado que hay! Pero Dios da pan al que no tiene dientes. Y aunque amaran mucho el componente abnegado en la educación, cuando se hacían viajes cortos a zonas cercanas para ver cómo se fabrica el vidrio o el dulce de leche o cómo es una rampa movediza, ellas querían ir a ver cualquier fabricación, siempre se anotaban varias y ganaban lugares que perdían los chicos. Y ahí iban las grandotas, en su sacro deber de controlar al colectivo que los llevaba, a los chicos y a la maestra que fuere.

El señor Rubión de la cooperadora, que tenía contactos con un ministerio según decía, consiguió un viaje mucho más ambicioso que los hechos hasta ahora; a Embalse Río Tercero, en Córdoba, para todos los chicos de séptimo grado. Allí iban a ir delegaciones de todo el país. Y que no le costara nada a la cooperadora era un argumento de gran peso. Y allí fuimos, dos maestras, la psicóloga por si había algún problema de contención. ¡Pobres ángeles la gran mayoría se separaba de sus vigilantes madres por primera vez! Y por las madres (si no íbamos con una madre no nos aprobaban el viaje) la señora de Racioppi.

Roxana, la psicóloga, andaba en los treinta y pico, como yo. Ella era lo que se dice “de lindo tipo”. Buen cuerpo, alta y con una cara que sin ser hermosa, acompañaba. Hacía unos siete años que estaba casada y durante ese tiempo nunca había salido sola, sin su marido. Yo me llevaba bien con ella, vendríamos a ser como “modernas”. María Julia, la otra maestra, era mayor, andaba en los cin-

uenta pero tenía comportamientos de nena chica, como asustarse de un caballo que había en un baldío cercano a la escuela y me hacía dar toda la vuelta manzana para no tenerlo delante. Se quejaba y me contaba que su marido la despreciaba, pero no por eso dejaba de ponerse su tapado de piel y sus baratijas de oro. Ella era de la edad de la señora de Racioppi, pero no quería ir con ella ni pertenecer a esa franja etaria: quería venir con Roxana o conmigo. La señora de Racioppi era el cancerbero más vigilante que hubieran podido poner sobre la tierra, con sus facciones rudas, su cara de gárgola, su pelo apenas ondulado bien pegado a una cabeza tirando a cuadrada, y gorda. Había tomado en serio su función de vigilante. Yo trataba de que todas se llevaran bien y como había estudiado humanidades, pensaba en el misterio de las relaciones humanas, por ejemplo por qué María Julia no quería hablar con la señora de Racioppi, por qué Roxana esquivaba a María Julia, y sobre todo, por qué la señora de Racioppi parecía una roca impenetrable. No se casaba con nadie.

A la hora de salir, mil narices pudieron oler el micro y mil ojos pudieron comprobar que las mochilas de los chicos estaba bien colocadas arriba y que no se iban a caer, que la temperatura del micro y de los angelitos era la correcta y que los choferes eran señores de su casa y no cualquier clase de pelafustanes indeseables y nos aconsejaron que nos sentáramos espaciadas para controlar el orden como se debe. Y entonces nos sentamos, yo adelante, cerca de Roxana, en el medio sola María Julia y atrás de todo en el último asiento, dueña de la panorámica, la señora

de Racioppi. Una vez que les entregaron a los chicos paquetes, recomendaciones y besos tirados al aire, partimos. No bien salimos, con los cantos habituales “Chofer, apure ese motor...”. Roxana empezó a seducir a Dios y a María santísima, a un varón alto y grandote le decía “mi cielo”. Se sentó en un banquito alto que había cerca del asiento del chofer y empezó a cebarles mate a los colectiveros, y ella, en lo alto, se puso a dirigir los cantos, luciendo su lindo cuerpo en remera y jean. (Yo tenía presente a la señora de Racioppi que estaba atrás de todo, posiblemente esa conducta no fuera de su agrado.) María Julia se me acercó con aire misterioso como si pasara algo grave y me dijo:

–Te tengo que decir una cosa: Daniela (una nena) está triste. Yo le vi como una lágrima. ¿Te parece que le diga a Roxana? No sé qué hacer. –Tenía el aire trágico de siempre.

–Esperá un poquito –le dije.

No obstante se acercó a hablarle a Roxana y esta, sin saber de qué se trataba le dijo:

–Después.

Y María Julia se fue ofendida a su asiento.

Al rato se me acercó Roxana y me dijo:

–¿Te parece que me excedo? Si me excedo, parame.

En primer lugar, yo no soy persona de decirle que se excede a nadie y además tampoco sabía si se excedía o no. A lo mejor la conducta que se debe observar en los micros en movimiento es muy distinta a la del mundo del reposo, así que le dije:

–No, no.

Cuando la nena que estaba sentada a mi lado se fue hacia atrás para charlar con unas amigas, se sentó junto a mí el colectivero de más edad y me preguntó:

–Dígame, ustedes son dos bandos ¿no?

–¿Cómo dice?

–Sí, usted y la psicóloga y otro las señoras de atrás.

Negué vivamente. No lo dijo en tono ofensivo, pero era una afirmación que me inquietaba. Entonces me dijo:

–Ahora mire bien. Ella (se refería a Roxana) ahora va a perder.

Pensé que ella perdería alguna cosa, pero al momento me di cuenta de lo que quería decir; Roxana se había sentado sola con la cabeza inclinada, cubriendo su cara con las manos, como si estuviera angustiada. El colectivero la miró y me dijo:

–¿No se lo anuncié? Ella perdió.

La llegada

No bien llegamos vimos un gran predio verde, de pasto corto, tan extenso que volvía de juguete a las habitaciones destinadas a hotelería. De lejos parecían rechicas y nadie se hacía idea de cómo sería estar allí; sólo estábamos atentos a no perdernos. Más lejos había unos caballos y unos chicos. Era el primer día, en que uno mira, pero no procesa todo, no comprende qué debe hacer con todo eso. Y después, es como si con sólo estar nomás, el tiempo amansara el espacio. No bien llegamos a las habitaciones

que nos estaban destinadas, todas iguales, empezamos a ver que algunas estaban ocupadas y que había otro predio verde más allá de ellas, donde había chicos, multitudes, con sus maestros.

Roxana acompañó a un grupo de varones a una pieza, María Julia acompañó a un grupo de chicas a otra, la señora de Racioppi quiso ocuparse de los varones ya que se sabe cómo son, “corren como baguales, toman agua demás y después quién los para”. Además dijo que los iba a tener a raya para que no molesten a las chicas ya que todo empieza con un tirón de pelo, y suma y sigue.

A la media hora de haber llegado, los chicos nuestros inauguraron un sistema de comunicación a través de la pared, ubicaron el kiosco de alfajores y caramelos y uno hasta fue a andar a caballo en esos que habíamos visto cuando llegamos; llegó con la noticia de que se alquilaban y otras cosas del mundo exterior. Los que cuidaba la señora de Racioppi no vieron todo esto porque ella no los dejó salir: se contentaron con los golpes en la pared.

Ahora, dormir con los chicos implicaba desvestirse dentro de la cama (yo había aprendido ese arte en una situación anterior). A María Julia la imagino diciendo: “Dense vuelta, chicas, hasta que yo me ponga el camisón”. Después les mostraría el camisón y les diría que se lo regaló su marido para un aniversario. Y seguro, que mientras se desvestía les charlaba. ¿Pero la señora de Racioppi, que era tan grandota y de pocas palabras? Los haría salir, seguro que los hacía salir con la orden de que nadie se moviera ni saliera de los límites fijados.

Al día siguiente había una recepción para todas las delegaciones y ahí sí, cuando por altavoz anunciaron que se haría esa presentación, los de la señora de Racioppi se le fueron de las manos y se escaparon a escuchar. Y después de ese “dijusto” que le dieron le impidió gozar a pleno del espectáculo tan maravilloso de ver: todas las delegaciones juntas. Por lo pronto estaban los coyas con sus trajes de fiesta. Venían de un pueblo perdido de Jujuy; no conocían el colectivo. Habían traído una bandera de Jujuy que les prestó el cura de la aldea y estaban parados, inmutables, con sus trajes de fiesta, las chicas estaban pintadas, pero en vez de parecer la pintura expresión de coquetería, lucían como si las fueran a meter en una urna funeraria. Nunca jamás habían salido de su pueblo de cien personas, no conocían la capital de su provincia y ahí estaban, ante más de mil personas reunidas. Estaba todo el país. De Buenos Aires, capital y provincia, nosotros solos. Al lado estaban los de Entre Ríos y esos chicos eran muy parecidos a los nuestros, cerca unos chicos de un colegio privado de Mendoza estaban de uniforme. Sabíamos quién era quién porque un presentador gritaba (se escuchaba por un altavoz). Cuando nos nombró a nosotros, María Julia dijo: “¡Qué emoción!”. Después no se hablaba de provincias, sino de contingentes. Esos contingentes no estaban con maestros sino con instructores guías que estaban vestidos con equipos de gimnasia o con una ropa que en ese entonces pertenecía al vestuario de a los que entonces se llamaban “Trabajadores de la cultura”, un overol de jean, y debajo, una camisa cual-

quiera. Y después de que presentó a todos, al Chaco, a La Pampa, el animador dijo:

–Jujuy ha traído su bandera y ha preparado sus bailes durante todo el año para la función de mañana, la gran fiesta de las delegaciones. Quiero creer que Buenos Aires ha preparado algo, porque como Buenos Aires es la niña bonita suele no traer nada.

Nosotros no sabíamos que había que traer algo, nadie nos dijo nada. Igual me sentí culpable y le dije a Roxana qué haríamos. Me dijo:

–Dijo por decir, igual ahora ya es tarde.

Sería tarde, pero cuando terminó la presentación fui al kiosco con dos chicos y compramos papel, goma y cartulina. Me entusiasmaba la idea de lo que íbamos a hacer; una maquetita del lugar donde nosotros vivíamos. ¿Y de dónde éramos nosotros? ¿Qué rasgo típico? Teníamos la Fiat muy cerca. Pero, ¿cómo íbamos a fabricar autitos y con qué? Porque yo quería hacer un conjunto de casitas y la Fiat. Convoqué a tres ayudantes, pero de los tres me quedó estable solo uno, un peladito que sabía fabricar cualquier cosa. Con palitos de fósforo hicimos los árboles de la plaza, con ramitas la copa, de papel de colores las casitas y unos autos. No sería una maravilla, pero era como para decir “Cumplimos”. Haciendo esa maqueta o como se le quiera llamar, yo estaba muy contenta, era como si hubiera encontrado mi verdadero destino y hasta entonces hubiera vivido equivocada. Pero la habilidad era del chico, que hacía todo a la perfección como si el hecho no tuviera ninguna importancia Pero así como se

me habían escapado los otros postulantes a ayudar, por un momento lo perdí de vista y cuando volvió tenía la cabeza mojada. Vino gritando:

–¡Señorita, tiran harina! ¡Está ensayando Jujuy para mañana y le tiran harina a la gente, me dejaron la cabeza blanca!

Le di una clase completa de relativismo cultural, de las etnias andinas, de los significados simbólicos. Entonces me dijo:

–Sí, sí, todo eso está muy bien. ¿Pero por qué tienen que tirar harina?

Y se puso a hacer otro autito de papel.

Empezaron a haber quejas por otras cosas. Había tres contingentes que eran villeros, pero que vendrían a pertenecer como a tres clases sociales dentro de la villa. Los de la clase “alta” eran chicos que parecían momentáneamente obligados a vivir allí, eran ordenados, sus ropas estaban gastadas pero limpias, iban bien peinados y comportados. Saludaban, sonreían y estaban en paz con sus instructores. Los de la clase siguiente solían andar en tropel, corrían por ese campo que da gusto, pastoreaban sin cesar. Los de la última clase social posiblemente ni fueran de la villa, tal vez de algún hogar de chicos abandonados, abandonados ellos y el hogar que los cobijaba, o tal vez fueran de la calle, no hablaban con nadie; llevaban la cabeza pelada como por el enemigo, todos uniformados con unos guardapolvos grises y feos, ellos juntaban cositas del suelo. Pero resulta que los de la villa en estado de efervescencia, los que pastoreaban a gusto, esa tarde empezaron a abrir y

cerrarnos las canillas contiguas a nuestros dormitorios, en una especie de juego. Abrían las canillas y escapaban. Un varón de los nuestros, Alejandro, que era una especie de justiciero, los retó e intentó correrlos. Ellos lo desafiaron a pelear. Él lo contó así:

–Yo acepté la pelea, pero me amenazó, me dijo “Ahora vas a ver con mi hermano”. Señorita, trajo como ocho, pero digo yo ¿cuántos hermanos tienen? Y el maestro ese de ellos, bah, si a eso lo llaman maestro les dijo: “La próxima vez que van a abrir las canillas los cago a palos”. ¿Esas cosas puede decir un maestro? Esos no son maestros ni nada.

La señora de Racioppi se mantenía muda, vigilante y distante. Pero yo veía un aire de satisfacción en su cara por la impotencia nuestra ante el control de las canillas.

El episodio de las canillas confirmaba sus presupuestos: el mundo está lleno de gente pérfida y algunos chicos también lo son. Y hoy, esos chicos abren las canillas y después entran y roban en las habitaciones. Nos roban los alfajores. María Julia ni se había enterado del episodio y cuando se lo contamos, dijo distraídamente:

–¡Qué barbaridad!

Porque a ella le importaban sobre todo las cosas del corazón. Pero Roxana y yo, aprovechamos el hecho para sentar a los chicos en el suelo, en un círculo y les dimos una especie de discurso, sobre todo Roxana, en relación con las costumbres de esos chicos; les habló de sus hogares carenciados, de la falta de padres muchas veces, de sus viviendas precarias, de la tolerancia humana, de la

frustración, de todas esas cosas. Una hora duró el esclarecimiento. Al final, Alejandro dijo:

–Sí, todo eso, muy bien. Pero, ¿por qué tienen que amenazar y abrir las canillas?

Es notable lo que se aprende y se percibe al segundo o tercer día de estar en un lugar. Lo que a la llegada era un sitio enorme e indiferenciado, con gente ídem, se convirtió en un espacio totalmente manejable; los chicos sabían en qué kioscos vendían sus alfajores preferidos, María Julia sabía en qué lugar no había barro para pasar y así no arruinarse sus hermosas sandalias con vivos dorados y yo había hablado, entre otros, con los maestros chaqueños, que sonreían siempre mostrando sus dientes marrones (creo que era por el agua). A uno le faltaban dos o tres.

Contaron que iban a la escuela a pie. ¿Cuánto caminaban? Veinte, treinta cuadras. ¿Y si se inunda? Uno se refugia un ratito hasta que pare. Contaron que, si la mañana era fría, se tomaban unos mates. ¿Y si se hacía tarde? ¿Qué apuro hay? Uno dijo: “A mí el apuro de Buenos Aires me marea”.

A la noche, dejamos a los chicos con la señora de Racioppi y con María Julia, y nos fuimos a una peña a la que iban a ir los maestros de las distintas delegaciones. Antes de ir a la peña, los maestros chaqueños y los jujeños dijeron que nunca habían visto algo tan hermoso en la vida como ese encuentro, y que se iban a acordar de esa experiencia toda la vida. Se sacaban fotos junto al caballo, a los burros, a los otros maestros, al cantinero. Los maestros jujeños para ir a la peña dejaron a los chicos

solos en la habitación, con llave. Ellos aseguraron que de ningún modo se iban a mover de allí adentro, y añadió:

–Sí, los llaveamos. Por precaución, nomás.

Yo le dije a María Julia que si ella quería ir a la peña, yo me quedaba a cuidar a los chicos, pero contestó con su mejor estilo de dama sacrificada:

–Vayan, vayan ustedes.

Entonces fuimos con Roxana y en el camino nos encontramos con dos profesoras de gimnasia que venían con el contingente de la villa. Una dijo:

–Nos fuimos sin que se den cuenta porque están imposibles.

Pero se habían dado cuenta. Al pasar por las habitaciones del grupo de ellos; escuchamos unos gritos:

–¡Putas! ¡Putas!

Eran los alumnos que las habían visto salir. Ellas caminaban agachadas, ya estaban muy incómodas por lo que había pasado.

La peña era lo más inocente que darse pueda; era un lugar oscuro con una barra y unas mesitas y allí cantaba y tocaba la guitarra todo el que quisiera. Las canciones eran las más conocidas por todos, algún corrido mexicano, algún bolero. Pero también había otras canciones de protesta, había una que decía “A desalambrar, a desalambrar...”. Contaba cómo sería el mundo si la tierra fuera de todos. En Buenos Aires estábamos acostumbrados a escuchar esa canción y después otra “Cuando tenga la tierra” pero los maestros chaqueños, emocionados por tanta modernidad, no la conocían. No daba la impresión de que ellos quisie-

ran desalambrar, más bien creo que pensarían: “Qué lindo que se está aquí, con toda esta gente buena cantando”. Roxana dirigía los cantos y cuando no los sabía completos, hacía cualquier ruidito de fondo y se hacía perdonar con su sonrisa encantadora. Ella tenía puesto un poncho precioso que parecía diseñado por Christian Dior para ella, las chaqueñas y las de Jujuy se habían puesto sus trajecitos sastres, de esos que tienen sus avatares y una tenía en el ojal un prendedor con perlitas.

Pero las rondas se pagan. Roxana había estado seduciendo en la peña a los cantores, al mesonero, a los maestros y a los representantes de todas las provincias de cualquier sexo que hubiere, sin ninguna consecuencia práctica. A la mañana siguiente, María Julia esperaba a Roxana para pasarle factura: Andrea Ramírez le había escrito una carta a su mamá diciendo que la extrañaba; ella se la había descubierto y blandía la carta como bandera en ristre. Fue derecho a decirle:

–Roxana mirá esto: es muy preocupante.

Roxana le dijo taxativamente:

–Ahora no, más tarde.

Entonces se me vino a quejar:

–¿Te das cuenta? Es grave. ¿Te parece que le mandemos una carta a la madre de Andrea?

No me parecía ni que sí ni que no; en esas situaciones, si alguien me dice que debe mandarle una carta al papa y lo veo muy convencido, pienso que es posible que deba hacerlo. Ante la duda, le dije:

–Preguntale a Roxana.

Ella iba con su carta en mano, su tapado de piel y su aire de mater dolorosa. Roxana le dijo:

–Vamos a llegar nosotros antes que la carta.

Volvió a mí y dijo:

–Ella es la autoridad en estas cosas, ella debe interpretar esto.

(Decía “esto” como si fuera un documento en finlandés a traducir.)

–Además –dijo–, yo le vi una carita muy triste.

Yo cuando aparecen puntos de vista diferentes ante algo, me pregunto como cuando era chica y mi papá y mi mamá opinaban distinto. Pensaba ¿quién tendrá razón? Nunca pude ni puedo llegar a ninguna conclusión.

La tarde siguiente hubo exposición con lo que cada delegación trajo (bailes, Jujuy; guitarra, Chaco; recitado Entre Ríos). La maqueta nuestra quedó tan perdida y pegaba tan poco con lo que había que parecía una especie de pastel abandonado en un rincón. Ante tanto para ver, cada día una cosa nueva, todos los rencores y dolores se olvidaban. Andrea se olvidó de que extrañaba a la madre, se fue a andar a caballo y a comprarse recuerdos para llevar. María Julia se olvidó del entredicho con Roxana aunque estuvo a punto de producir otro.

Fue a hablar por teléfono con su marido porque quería darle unas indicaciones, y volvió con la noticia de que era desconsiderado, de que prácticamente le había cortado sin dejarle decir todo lo que debía (manejo del horno, de la ropa de acuerdo a la temperatura y recordatorios surtidos). Estábamos en medio del baile en un patio

muy grande, bailaban también los chicos, incluso los de la villa. La música era bastante fuerte. Me dijo: “Él no reconoce nada, y sin respeto no hay nada, como dice el padre Ruperto. ¿Te parece que pido mucho, un poco de respeto?”. Yo no sabía qué decirle porque por ahí tenía algo de razón, todos merecemos un poco de respeto, pero no podía concentrarme en ese punto para ampliarlo y desarrollarlo teóricamente porque por los parlantes pasaban una especie de salsa o bachata. Entonces me dijo:

–¿Te parece que lo consulte con Roxana?

Como me parecía que no, le dije que Roxana se había ido un rato a otro lado.

La señora de Racioppi estaba sentada controlando el baile; se había hecho amiga de los chicos, porque le dejaban multitud de objetos para que los guardara mientras bailaban o se desplazaban por el predio. Su enorme falda guardaba máquinas de fotos, carteritas, abrigos de toda clase y siempre sentada, casi sin moverse había adquirido un conocimiento mucho mayor que el de nosotras en cuanto a kioscos, precios, alquiler de caballos. Todo a través de los comunicados de los chicos y desde su trono ejercía el poder: los aconsejaba, los disuadía de comprar, etcétera. Desde que cumplía esa función ya no nos miraba de modo avieso, sino más bien como a gente que no sabe nada. En la pista de baile me preguntó como al pasar:

–Esos... chicos (se refería a los de la villa) ¿trajeron algo?

Era una pregunta que encerraba la contestación. Me di cuenta de que ella sabía que no habían traído nada. Le dije:

–Bah, por lo que trajimos nosotros...

Y ahí se cortó la conversación. Pero al rato vino Alejandro, el justiciero y me dijo:

–Esos no trajeron nada.

Y otra vez asamblea informativa y persuasiva. Que “ellos” no tienen, que el que tiene más debe dar un poco (tampoco la pavada) al que no tiene, cómo hubiera sido tu vida sin juguetes ni ropita de esa linda como tienen ustedes. Salieron voces dispares. Una chica dijo:

–San Francisco le dio a un pobre la mitad de la capa.
Saltó otro:

–Qué piola, una capa de las de antes, sería grande, seguro que valía por dos capas.

Otro:

–A mí casi me roban la campera, diga que me avivé si no...

A mí me parecía por las caras que no estaban convencidos del todo. Era más bien como si no supieran de qué se les estaba hablando. Me pareció que estaban un poco fastidiados. Querían acción: ir al río a ver si pescaban –uno tenía una caña bastante sofisticada–. Y también observé que las chicas nuestras no bailaban con los de la villa, y cuando había un cruce no buscado, usaban ese hecho como elemento jocoso para armar entre ellas un pequeño jolgorio, hecho de risitas y peleítas en broma sin consecuencias.

Había un chico de los nuestros, no recuerdo cómo se llamaba, yo le decía “el porteñito”. Era menudo, muy proporcionado, lindo de cara. Se vestía y peinaba con

cuidado, iba siempre derecho a su objetivo, no miraba a su alrededor ni se dispersaba; hablaba poco y eso sí, sabía sonreír. Era una sonrisa enigmática que podía querer decir cualquier cosa. A pesar de ser menudo, no parecía perdido en esos espacios tan grandes, como si hubiera conocido otras canchas, de hecho las conocía, jugaba en la quinta división de un club de la Capital. Yo estaba sentada en una hamaca del lugar de juegos y se me acercó una nena de unos diez años. Era gordita, morocha, y con el pelo enrulado muy corto. Era de la clase A de la villa, de los que seguramente iban a salir de ella en el futuro. Llevaba un pulóver rojo en buen estado y sus vaqueros, limpios. Debajo del pulóver le asomaba el cuello de una blusita. Me empezó a conversar de cualquier cosa y al ratito me dijo:

–Señorita...

–¿Sí?

–Ese chico de ustedes, el bajito... (ella era muy grandota para sus diez años). Este...

–Sí, ¿qué pasa con él?

Y esforzándose me dijo:

–Señorita, me gusta mucho, cada vez que lo veo me gusta mucho.

–Ah...

–Señorita, tanto que me gusta... ¿Usted no me podría hacer gancho con él? ¿Le dice que venga?

Esa nena era de una personalidad exuberante: decía que le gustaba mucho con fervor, con emoción. Otra vez yo me sentía indecisa; para mí era fácil traérselo. ¿Pero qué?

¿Iba a hacer de Celestina? Por otra parte era un ser doliente que sufría por amor. No tuve que decir ni hacer nada: al ratito pasó el galán; iba a su destino, a mí me sonrió con esa semisonrisa y a la nena ni la miró y ella no osó acercarse ni me hizo ningún pedido. Se quedó inmóvil y muda, como un soldado cuando pasa el general en jefe de las tropas.

El cuarto día fue el apogeo, a la mañana, clase colectiva de gimnasia y a la tarde concurso de disfraces y búsqueda de bichos en el pasto. En la clase colectiva de gimnasia todos los chicos de todas las provincias eran dirigidos por los instructores de la villa; los chicos de la villa también hacían gimnasia y los varones nuestros se reconciliaron con los instructores por esa clase. Los que habían desaparecido eran los pequeños buscadores de basura, los de guardapolvo gris y cabezas rapadas: esos no estaban. Estaban, sí, los de Jujuy, pero no hacían gimnasia. Eran unos treinta, parados como postes uno junto al otro, estaban inmóviles como los ídolos de la isla de Pascua. ¿Para que habrán ido si ellos no participaban? ¿Para mirar? Pero no miraban nada definido, miraban más allá de las personas, era imposible darse cuenta de lo que pensaban o percibían. ¿Habrán ido para dar el presente? Y la presencia tan fuerte de ellos hacía ver la gimnasia como un espectáculo marciano, algo que no se debe mirar muy de cerca porque es peligroso. No habrían visto hacer gimnasia en su vida, no conocerían la palabra.

Habían vuelto a aparecer los problemas entre María Julia y Roxana, ahora era por acompañar a los chicos. La verdad es que María Julia no tenía un equipo adecuado

como para estar en un campo donde se hace gimnasia, ella andaba con sus joyas desde la mañana: unas pulseras en cadena, su cadena de oro propiamente dicha, sus aros “me los regaló mi marido”. Entonces dijo:

–Roxana lleváelos vos, que tengo un dolor de oído...

Le dolían siempre cosas diferentes, algo que le cayó mal, sentía la cabeza pesada, etc. Pero Roxana tenía otro estilo: no contestaba. Directamente se iba, volvía después como una aparición de visita. ¿Adónde iba? Iba a estrechar lazos con otros grupos, se había vuelto muy popular. Finalmente logré que María Julia me acompañara a cuidar a los chicos, aunque todo el camino se vino quejando del clima y del marido. Ya eso no me importaba, porque la escuchaba con intermitencias, además sus conversaciones eran como bichos, insectos que dieran vueltas por los mismos circuitos y esa invariancia, esa letanía era hasta agradable, me confirmaba que todo seguía igual en la vida, sin sobresaltos. Pero lo que no podía soportar en ella era su miedo a los caballos que estaban ensillados, listos para montar. Eran unos desdichados matungos que iban adonde los llevaran y ella me hacía dar una vuelta grande por el pasto. Y esa vuelta me llenaba de desconcierto, como si no fuésemos a llegar a destino nunca.

Yo no tenía ningún inconveniente en ir a cualquier evento; no me quería perder nada, como los maestros chaqueños. Ellas no, estaban siempre diciendo: “Llévalos vos. ¿No te toca a vos?”. Un maestro chaqueño me dijo:

–Yo me quedo afuera desde que empieza hasta que termina.

A la tarde se hizo la carrera de bichos y el concurso de disfraces y Roxana emergió, no sabíamos de dónde para disfrazar de árabe a un chico morocho, alto, al que le fabricó un turbante de toalla. Esas cosas le gustaban: un gesto significativo, que ella convertía en espectacular. Le dijo al chico:

–Estás divino, mi cielo.

Pero no ganó el árabe nuestro, ni ninguna de las chicas que se disfrazaron como pudieron, eran disfraces tímidos. Ganó un chico de la villa que se disfrazó de vieja contrahecha; iba revoleando una cartera y rengueaba. Era como una vieja mendiga. Y el concurso de juntar bichos en el pasto también lo ganó la villa, fueron los que más gusanos, lombrices, y otras yerbas pudieron exhibir. La señora de Racioppi dijo:

–Si yo sabía que era “esto” no sé si venía.

Nos quedamos dos días más, pero ya no hubo actividades organizadas. Y entonces iba apareciendo ese campo como realmente era, sin galas ni visitas. Se empezaban a ver más perros sueltos, retiraban las instalaciones de la exposición. Se veía distinto el movimiento de los kioscos, compraban más los lugareños; los que alquilaban caballos se quedaban por si las moscas, inactivos, charlando entre ellos, pero los chicos ya se habían gastado toda la plata que habían traído. Algunas chicas se quejaban de que estaban aburridas, y había que inventarles algo. Los varones se pusieron a jugar a la pelota, pero había que mirarlos más porque aumentaron las peleas y las quejas. María Julia no era una persona adecuada para controlar un partido

de fútbol, más bien era apta para escuchar a las chicas; le contaban qué chico les gustaba y cuál no. Y a mí me venía a contar esas historias de nenas enamoradas, como si fueran grandes revelaciones, como si fueran novias próximas a casarse. Roxana no era una persona paciente como para quedarse un buen rato controlando un partido. Ella era la de las ideas creativas, súbitas e imprevistas. Aumentaron los tira y afloja entre las dos:

–Me parece que te toca a vos.

–Después voy.

En cuanto a mí, era completamente inoperante cuando había peleas o denuncias. Yo nunca pude saber quién tiene razón. Aun en el salón de clase, que es un ámbito más controlable, cuando los chicos venían con denuncias del tipo “Él me robó el lápiz”, el aludido decía “Sí, y él insultó a mi hermano”, ni una sola vez pude descubrir quién tenía la culpa por algo. Me metía en una nebulosa pensando en cómo empezarán las cosas. Menos iba a poder resolver si alguien hizo trampa en un partido. La única que sirvió para algo en esos días fue la señora de Racioppi que les decía:

–¡Salgan del sol, ponete la gorra!

Comíamos en un comedor muy grande; no sé si allí estaban todas las delegaciones, pero había muchas. Yo estaba en una mesa de varones y a Roxana se le ocurrió una idea “creativa”: traer a nuestra mesa a un chico de la villa. Era menor que los nuestros, tendría unos diez años. Era rubio, con la cara, el pelo y el pulóver percutidos por el sol, el viento o vaya a saber qué. Ella lo dejó

para que comiera con nosotros y se fue a revolotear. Los otros chicos lo recibieron en silencio. Ninguno le habló, salvo yo que dije alguna pavada de compromiso. Habían servido tortilla de papas y el chico dijo:

–Yo a eso lo conozco.

Lo dijo con timidez, pero también con cierto orgullo, como si la tortilla de papas fuera caviar rosado, o como cuando alguien cuenta que fue a Uzbekistán. Lo miraron con tal desprecio que no abrió más la boca y yo tampoco. Me quedé callada y ni siquiera pude decir las pavadadas habituales, “En qué grado estás, cuántos años tenés”. Ni bien terminamos de comer, lo liberé y se fue con los suyos. Pero algo estaba mal, no había lugar para ninguna explicación ni concientización. Cuando hay palabras para explicar las cosas, el espíritu se regodea y asciende. Pero eso era algo muy oscuro, sombríos estaban los chicos y yo. Para salir de ese estado de ánimo que no me gustaba, me puse a mirar alrededor. Justo enfrente, pero un poco lejos, al lado de la ventana, estaba la mesa de las jujeñas, todas pintadas y con sus trajes típicos. Habrán pensado que como era el último día, ellas debían estar de gala, las miré y me parecieron simpáticas. Me pareció gentil que se disfrazaran y para olvidar lo del invitado frustrado, les dije a los chicos que tenía al lado:

–Miren qué lindas que están las collitas, todas de fiesta.

Y el chico que estaba a mi lado dijo:

–¿Y usted llama “lindo” a eso?

Silencio en la noche.

El micro que nos trajo de vuelta era muy distinto del de ida. Nadie tenía ganas de cantar, iban dormitando o cuchicheando. Los choferes también eran diferentes, cuando empezó un débil “Apure ese motor”, me parece que no querían que los apuraran. La señora de Racioppi seguramente tendría muchos cuentos que reservaba para el futuro. Estaba sentada atrás, bien despierta tratando de recordar todas las incompetencias, incorrecciones, deficiencias y barbaridades ocurridas para no olvidar ninguna a la hora de contar. ¡Ay, si ella fuera maestra!

En cuanto a mí, volví a mi casa muy cansada, pero como si no hubiera viajado, como si me faltara todavía viajar. La casa, los muebles me desconcertaron y lo que nunca, tiré el bolso por ahí sin deshacerlo ni guardar la ropa. Me eché a dormir y no quería pensar en nada: la noche es mala consejera.